

OBSTÁCULOS PARA EL DESARROLLO DEL ESTADO NACIONAL RUSO

Boris Lvin

El siguiente artículo contiene una reflexión acerca del carácter imperial de Rusia, y las consecuencias que ello acarrea para una efectivo tránsito hacia formulas democráticas en lo político y liberales en lo económico, en que están empeñadas las elites rusas.

De acuerdo al autor, tanto ideólogos de la *perestroika* como liberales opositores tienden a dar por sentado la existencia de un Estado nacional ruso, en circunstancias que ello nos es así. Ningún intento de reforma podrá llegar a buen término, se concluye, si no se encara esa realidad, a saber, la persistencia de una conciencia imperial en Rusia, y la ausencia de una conciencia verdaderamente nacional. La severa crisis de identidad de Rusia es tanto o más relevante, a juicio del autor, que el colapso del sistema político y económico que la ha regido. Es más, el sistema y la ideología marxista que lo acompañó parecen haber encubierto este problema que ahora salta a la vista. La dificultad para establecer autoridades con legitimidad se conecta estrechamente con esta crisis de la vocación imperial de Rusia que tan importante ha sido para su imagen como nación de naciones,

* Investigador del Instituto de Economía Política de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética. Su área de especialización ha sido el estudio de las reformas de Europa Oriental y la historia de la formación de los Estados nacionales. Entre sus escritos puede mencionarse "Mecanismos sociales de reforma económica", publicado en la colección *Pos-tizhnenie* (URSS: Editorial Progress, 1989).

como la “Tercera Roma”. Por otra parte, la renuncia a la misión imperial la deja en el vacío. En su interior se esconden naciones escondidas en naciones, y así sucesivamente... La imagen de Rusia, entonces, es la de las muñequitas rusas...

El problema de la construcción del capitalismo en Rusia puede examinarse desde diversos puntos de vista. Nosotros lo vemos como uno de los factores de un problema más general: el de la construcción de Rusia, sin los calificativos “capitalista” o “socialista”, sino simplemente Rusia como Estado nacional. En primer lugar, se puede afirmar que esa Rusia no existe; en segundo lugar, que esta ausencia es un hecho fundamental, no originado en fenómenos externos, sino en su propia situación interna; en tercer lugar, creemos que el surgimiento de Rusia como Estado nacional se producirá simultáneamente con el nacimiento de la Rusia capitalista.

Consideramos que el liberalismo en la economía, la democracia en el orden político y la existencia de un Estado nacional son fenómenos de igual nivel, que pueden considerarse atributos de un todo único denominado sociedad contemporánea (o post tradicional, o modernizada, o como quiera llamársele).

1. Los problemas de la formación de un Estado nacional

Hace más de 150 años, el gran historiador y sociólogo Alexis de Tocqueville declaró que el hecho más importante de la historia universal era el anhelo de igualdad de la sociedad humana. Afirmó que en el ejemplo de Francia en los últimos 700 años, este anhelo se había manifestado con tal fuerza y decisión en los actos más diversos y opuestos de los reyes y del pueblo, de tal manera que no hay, en general, un solo acontecimiento notable que no haya servido a los fines de alcanzar esa igualdad. El espectáculo del grandioso vuelco a la democracia provocó en este conservador impenitente un terror que él mismo calificó de casi religioso. Pasando repentinamente a un lenguaje de inspiración poética, afirma que el desarrollo paulatino de la igualdad social es obra de la providencia. Tocqueville nunca lanzó palabras al azar, y éstas son palabras fuertes, palabras serias.

El siguiente siglo y medio no ha hecho más que confirmar la genial observación de Tocqueville. Sólo es posible comprender la historia como un proceso de formación y consolidación de la igualdad.

Es importante destacar que no se está hablando de igualdad en términos de riquezas: el problema no es la igualdad de haciendas o de posiciones, objetiva y exteriormente mensurables, y que sólo es resultado de la igualdad verdaderamente fundamental y primaria: la igualdad de las relaciones.

La igualdad de las relaciones entre las personas es un hecho psicológico. Constituye en sí el marco y la estructura de la sociedad y, reflejándose en las conciencias, adquiere matices valóricos. Objetivamente (si bien en forma indirecta), el grado de igualdad de las relaciones se expresa en el grado de movilidad social dentro de la sociedad, en la solidez de las barreras que separan a las personas según su rol social y su situación económica.

Precisamente, lo importante ni siquiera es la movilidad en sí, sino su factibilidad, su potencial de aceptación, la reacción que provoca. Y si para nosotros existe el progreso histórico, éste se expresa en la aceleración de la movilidad social y en la eliminación de sus limitantes.

Las limitaciones para llevar a la práctica las energías y aspiraciones individuales, como ya se ha demostrado repetidamente, afectan la eficacia misma de la economía capitalista. La ideología liberal tiende a ponerles término.

Las limitaciones en los derechos y en las posibilidades de participar en la regulación de la vida social afectan la eficacia de la estructura estatal. La ideología democrática procura terminar con estas limitaciones.

Pero ambas ideologías, la liberal y la democrática, que representan dos aspectos de la ideología general de la igualdad, suelen compartir un defecto común: la falta de atención que ponen al objeto mismo de las transformaciones democrático-liberales, el valor absoluto que se atribuye a su estado físico, llamémoslo así, ignorando el problema de hasta qué punto la propia naturaleza de dicho objeto admite efectivamente reformas democrático-liberales. Ese objeto es el país, el Estado como comunidad integrada de personas.

Los liberales y los democratas (liberales y demócratas ideales, consecuentes) piensan que todas las personas y todos los países necesariamente están dispuestos a aceptar sus principios. Existe un ejemplo único de tenaz esfuerzo por instalar el modelo democrático liberal: el intento realizado por Estados Unidos en los países de la cuenca del Pacífico que quedaron bajo su influencia después de la Segunda Guerra Mundial. Toda la historia de Japón, Corea del Sur, Filipinas y Vietnam del Sur es la de una lucha permanente entre el altruismo político con que los estadounidenses procuraron implantar en estos países su propio modelo de estructura cívica y estatal, frente a los intereses pragmáticos y globales de esos mismos esta-

dounidenses, que los obligaron, a pesar de sí mismos, a tolerar constantes violaciones y falsificaciones de su propio modelo.

Es fácil explicar la indiferencia e incluso el desagrado que los demócratas liberales suelen mostrar frente a lo que en el siglo XIX se llamó “principio nacional”. A fin de cuentas, la realización consecuente de la ideología nacional y de los principios nacionales significa el rechazo o, al menos, alguna desviación de los principios democráticos-liberales. Esta realización trae consigo una brusca activación del Estado y, con frecuencia, el establecimiento de nuevas fronteras estatales en territorios que anteriormente estaban legalmente unidos. También implica la abierta violación del derecho a expresar su voluntad de gran parte del pueblo: la voluntad que se opone ya sea a la reunificación o a la separación; el establecimiento de Estados nacionales estables casi siempre origina deportaciones, migraciones masivas, etc. No es muy probable que alguien pueda llamar a esto el triunfo de la democracia.

Para un demócrata liberal, toda la población del país está compuesta de personas igualmente dispuestas a ser ciudadanos iguales; la única diferencia que se observa entre ellas es una posible “inmadurez”, un “no estar listo”, que puede superarse a través de la educación y los distintos métodos de la pedagogía social.

Hasta cierto punto, tal enfoque puede resultar aceptable. Pero tarde o temprano el desarrollo real del país señalará la barrera que obstaculiza el camino democrático liberal, a saber, la ausencia de un Estado nacional o en la presencia de un Estado no nacional: el imperial tradicional.

En nuestra época, la palabra “imperio” ha comenzado a adquirir matices de valor. Frecuentemente, de valor negativo; y a veces, para fastidiar a los “destructores”, de valor apologético. La destrucción de los imperios suele percibirse como el triunfo de la justicia. A nuestro modo de ver, en cambio, ello es resultado de un proceso histórico natural.

El desarrollo y la destrucción de los imperios puede percibirse como una sucesión de fluctuaciones, que abarca todo el período de los Estados tradicionales pre-capitalistas. Los Estados centralizados trans-étnicos se formaron, decayeron y desintegraron en unidades minúsculas que quedaron a la sombra de nuevos imperios. No nos preguntamos por qué el desarrollo del capitalismo, principalmente en Europa, sobrevino en un momento en que los centros de fuerza y de poder estaban distribuidos de una manera y no de otra: podemos considerar que tal distribución es una casualidad histórica.

En ciertas etapas tempranas, la pertenencia a un imperio puede favorecer la aceleración del desarrollo económico. Hay frecuentes ejemplos de

ello, cada vez que el ingreso en un imperio poderoso abrió para las regiones anexas un amplio mercado de consumo, garantizándoles la estabilidad política, el orden interno y la defensa ante amenazas externas. Resultaba particularmente ventajoso hallarse lejos del centro del imperio, fuera del alcance de la arbitrariedad directa del soberano. Puede pensarse que estas circunstancias favorecieron, en alguna medida, el rápido crecimiento económico de Lombardía y de los Países Bajos, primero bajo la corona española, y luego del Imperio austríaco. Pero tarde o temprano ha de comenzar la transformación capitalista de todo el imperio. Uno de sus elementos serán las tentativas de unificación y centralización del ordenamiento cívico y estatal, las que inevitablemente provocan conflictos y tensiones en las relaciones de la metrópoli con una provincia floreciente...

Así, pues, en el marco de un Estado imperial prenacional comienza el proceso de la transformación capitalista de la sociedad. Uno de los principales atributos del capitalismo es la aceleración de la movilidad social, que anteriormente definimos como manifestación de la igualdad. La movilidad social puede expresarse en diferentes ámbitos: territorial, sectorial, profesional, posición social. Trae consigo un cambio en las interrelaciones y proporciones existentes en la sociedad, establecidas en etapas anteriores. Ahora bien, si se considera que el lugar que cada persona siente como propio en la estructura de la distribución habitacional, del empleo o de los roles posee un valor relativo, es muy natural que determinados grupos de la población perciban este cambio como injusto e incorrecto. Mientras más homogénea es la sociedad, más fácil es la movilidad social y más fácilmente se legitima y se acepta la dinámica social.

Pero una sociedad precapitalista homogénea no existe y no puede existir. Y esta heterogeneidad, demostrativa de que la nación no ha terminado de formarse, se agudiza enormemente hasta hacerse insoportable, no en períodos de estancamiento social, sino en períodos de dinamismo y tensión social. No por casualidad los estallidos sociales y las revoluciones sobrevienen no después de períodos de quietud, sino inmediatamente después de todo tipo de aceleraciones y reestructuraciones...

Las tensiones y desigualdades en la dinámica social se perciben en forma particularmente aguda en aquellos casos en que afectan no a individuos aislados, sino a grupos humanos consolidados y conscientes de sí mismos. Ahora bien, las estructuras que obstaculizan la dinámica social pueden facilitar la aceptación de un determinado statu quo social, por muy favorable que éste pueda aparecer. Una sociedad estructurada en la que se desconoce la igualdad de los roles consagra fácilmente y declara útil cualquier rol o lugar que ocupe cualquier grupo estable. En tal sociedad no

existe el estándar de una vida modelo o un ideal nacional general de vida, aceptado por todos, a la manera de nuestra época; por el contrario, se valora la perfecta realización del ideal individual determinado por la pertenencia a un grupo. La consecución de ese estándar individual de vida se controla por medio de la ideología del grupo, de su cultura, su prestigio y, en última instancia, de su poder. Por consiguiente, la característica más importante de la sociedad tradicional prenatal es la relatividad del poder. Aun cuando hacia el exterior actúa como un todo único, en su interior no trata con el individuo como ciudadano sino con cada grupo en general; de esta manera, el sistema de poder estatal representa una especie de concierto, de equilibrio de poderes parciales.

Una dinámica social acelerada perturba este concierto. Si en la sociedad contemporánea (abstracta, por cierto) una persona reconoce que su destino individual no coincide con el estándar nacional general, ésta se sentirá en contradicción con todo el resto de la sociedad. En estas circunstancias, el reconocimiento del propio error y el anhelo de adaptación por parte del individuo son perfectamente naturales. En la sociedad tradicional, compuesta de grupos, si un grupo o un bloque de ellos se siente atropellado puede perfectamente reclamar, y regresar a la armonía anterior. Y si las relaciones consolidantes al interior del grupo son lo suficientemente poderosas, el resultado final de tales reclamaciones, su consecuencia, será la guerra civil, que procurará mantener por la violencia la igualdad relativa.

Hemos estado hablando todo el tiempo de los grupos en que se divide la sociedad prenatal. ¿Cuál es la naturaleza de esos grupos? Indudablemente son muy heterogéneos, como lo son, en general, todas las estructuras sociales de los Estados tradicionales. Muchas veces se ha intentado encontrar fórmulas universales para la clasificación estructural de tales sociedades. La experiencia, sin embargo, nos lleva a rechazar todas esas clasificaciones. Esos intentos generalmente se hicieron con el objeto de transplantar a un terreno nuevo tradiciones ya establecidas de ordenamiento cívico y comportamiento político. Vale recordar cómo los europeos trataron de descubrir en sus colonias de Asia y de África las formas europeas de propiedad agrícola y las consecuentes relaciones sociales, a fin de aplicar los mecanismos fiscales estándar; en este sentido, se distinguieron especialmente los ingleses en la India. Recordemos cómo rompían lanzas los teóricos de la Internacional comunista tratando de decidir a quiénes podía clasificarse en China como hacendados, granjeros ricos o campesinos medios. Es digno de observar que en nuestra época los investigadores orientalistas (excluyendo el nivel escolar más elemental) han abandonado casi por com-

pleto el uso de términos descriptivos generales en la caracterización de los grupos integrantes de las distintas sociedades.

Realmente, un mosaico de capas sociales, tribus, clanes, sectas, linajes, castas, credos, órdenes sacerdotales, impregna toda la historia de las sociedades tradicionales; en diferentes casos se manifiestan en ellas, en una gran variedad de formas y con distintas intensidades, las diferencias lingüísticas, religiosas y culturales y de vida cotidiana. La magnitud de estas diferencias representa una especie de línea continua, donde no hay límites precisos. Lo que realmente unifica todas estas formas de división de la sociedad, lo que constituye un signo diferenciador general es, en primer lugar, que el Estado no se identifica con el país en su totalidad, y en segundo lugar, los rígidos límites de la movilidad intergrupar. Estos límites han sido establecidos por todas las investigaciones concretas como equivalentes a los conceptos de endogamia y exogamia, es decir, limitaciones para contraer matrimonio. Con ello se garantiza la conservación, la reproducción y la identificación de las pertenencia al grupo. Ella misma, como ya se expresara, es de carácter no fisiológico sino puramente psicológico: es en sí un factor de conciencia y de cultura. Sin embargo, el carácter cerrado, de origen cultural, puede traer consigo diferencias en los fenotipos, en los rasgos exteriores e incluso en las características raciales. La importancia de estas diferencias es secundaria y está determinada por el medio cultural. Típicamente, cuando la cultura y la tradición se oponen a la identidad de los grupos y la exogamia se hace frecuente, en la práctica van tomando forma las reglas de identificación grupal de la descendencia. Así, los hijos de padre ruso y madre nativa de Siberia son rusos, en tanto que los mulatos en los estados del sur son de color...

El proceso de superación de este sistema de división interna de la estructura de las sociedades tradicionales es inevitable a medida que se desarrolla el capitalismo. Contrariamente a lo que suele suponerse, las diferencias entre las divisiones “nacionales” (con frecuencia llamadas étnicas) y las de clase están lejos de ser evidentes. Tales diferencias sólo pueden captarse examinando los resultados del desarrollo histórico. El grupo social que llega a constituir un Estado propio se transforma en una nación, y en retrospectiva puede recibir la denominación de minoría nacional. En cambio el grupo cuya diferenciación se desvanece, se disuelve dentro de una comunidad estatal más amplia, y el historiador lo llamará capa social.

En esto no hay leyes de comportamiento uniforme. Sólo existen tendencias que admiten un seguimiento más o menos detallado en el caso de los países históricamente más desarrollados de Europa y de la región mediterránea. Aquí, los procesos de unificación de las sociedades y la

formación de Estados nacionales homogéneos pueden estudiarse con gran precisión en el curso de no menos de 400 años, y su desarrollo ha llegado bastante lejos. En aquellos lugares de Europa donde estos procesos aún no están acabados pueden emitirse diagnósticos bastante precisos. Las naciones europeas ya están formadas y puede determinarse qué Estados deberán en el futuro próximo cambiar sus fronteras y composición, y en qué forma lo harán.

En Oriente, esto es, en Asia y en Africa, tales procesos se hallan en una etapa anterior, aunque están avanzando a ritmos muy acelerados. El diagnóstico de los procesos nacionales para estas regiones es más complejo, aunque, por cierto, más atractivo.

Pueden señalarse los principales factores que determinan si tal o cual capa social es el embrión de una futura nación (vale decir, si va a tomar la forma de un Estado nacional) o si está destinado a desaparecer o, en el mejor de los casos, a existir en la forma de un objeto rudimentario para las investigaciones etnográficas.

Entre estos factores se cuentan: la pertinencia etnolingüística (que distingue a los valones de los flamencos, a los polacos de los lituanos, a los turcos de los árabes); la pertenencia confesional (que separa a los turcos de los azerbaijanos, a los flamencos de los holandeses, a los serbios de los croatas); la tradición histórico-cultural (que distingue a los checos de los eslovacos, a los portugueses de los gallegos), la presencia de un núcleo territorial relativamente homogéneo, que sirve como una especie de centro cristizador de la futura nación. Muy importantes son las dimensiones cuantitativas del grupo (podemos comparar el destino, por ejemplo, de los eslovenos y el de los serbios del Lujitza) y el aislamiento geográfico (ejemplos claros son Islandia y el Líbano). Ninguno de estos factores, sin embargo, actúa en forma automática. Un papel muy importante cumplen aquí las condiciones históricas y la influencia externa, únicos factores que permiten explicar, por ejemplo, el hecho de que Bavaria y Wurtemberg se hayan incorporado a la Alemania unificada, en tanto que Austria permaneció aparte; la posibilidad de que los cosacos rusos se hubieran transformado de grupo social en grupo nacional estaba lejos de ser nula.

Por consiguiente, el proceso de formación de una sociedad homogénea como base para el desarrollo democrático liberal puede examinarse como un proceso de eliminación de la división social y nacional del país. Consecuentemente con ello, podemos distinguir, a manera de abstracción, dos tipos de revolución, de reformas violentas: revolución social y revolución nacional. Se comprende que a raíz del debilitamiento de los límites entre los grupos sociales y las minorías nacionales, como también a raíz de

que ambos tipos de división siempre existen en una sociedad tradicional, esta clasificación de revoluciones sociales o nacionales es convencional. Lo esencial es establecer cuál de estas divisiones se percibe con mayor fuerza en un momento dado, cuál de ellas constituye un freno mayor para el progreso.

Puede observarse que en la división por grupos sociales siempre existe una jerarquía de estos grupos que es bastante precisa, aunque habitualmente es también muy compleja. Como resultado de ello, el comportamiento de los grupos sociales en la revolución es asimétrico: es inevitable que algunos adopten una posición defensiva conservadora y que los otros tomen una actitud radical agresiva. Esto es evidente, pero igualmente inevitable es la asimetría en la revolución nacional. En ella debemos detenernos con mayor detalle.

Entre las comunidades nacionales que forman parte de un imperio siempre existirán dominadores y dominados. El proceso de formación de las naciones será diferente para cada una de ellas. Para las comunidades sometidas, es decir, aquellas de las que no nacen la elite o grupo dirigente del imperio y que no se identifican con él, la maduración del sentimiento nacional significa el crecimiento de la conciencia regional o comunal para transformarse en conciencia nacional. Este proceso, como regla general, se produce bajo la influencia de los intelectuales de la región y de su burguesía, que ven en el fortalecimiento sistemático de la autogestión nacional, hasta llegar a la formación de un Estado propio, la posibilidad de modernizar la sociedad, de educar al pueblo y desarrollar la economía. Se comprende que vaya surgiendo un apoyo masivo y consecuente hacia los ideólogos que proclaman reivindicaciones cada vez más radicales, a medida que se va demostrando la insuficiencia de las medidas parciales. La disposición a participar en esta carrera de radicalismo es lo que en propiedad determina el grado de madurez de la comunidad y su potencial para llegar a ser una nación.

Para los grupos nacionales que ocupan una posición predominante en el imperio, que dan a éste su nombre, es decir, los grupos imperiales, el problema es el diametralmente opuesto: no consiste en el desarrollo de la conciencia comunal-regional para transformarse en nacional, sino, por el contrario, en la reducción de su conciencia imperial a conciencia nacional. Necesita apartarse de la identificación imperial, dejar de malgastar esfuerzos en la mantención conservadora de estructuras obsoletas. Este problema no se resuelve directamente por medio del levantamiento nacional; aquí no hay lugar para la figura típica del ilustrador nacional, del guía iluminado que despierta al pueblo. La reducción de la conciencia suele producirse a

través de una dolorosa crisis, de la decadencia del Estado imperial, del quiebre de las estructuras tradicionales de la sociedad y del poder. Reducción que un poeta llamaría el desvanecimiento de los vapores de alcohol...

La revolución nacional, por lo general, suprime o debilita las barreras sociales, con lo que se cumplen simultáneamente las tareas de la revolución social. En las naciones que se levantan por su libertad es característico el llamado a unirse por encima de las diferencias sociales en pro de un objetivo único; el quiebre y la desintegración del imperio suelen traer consigo el derrumbe e incluso la eliminación física de las clases imperiales superiores, inseparablemente ligadas a la existencia del imperio, y los ideólogos del renacimiento del pueblo “que alguna vez fue grande y respetado y hoy se encuentra abatido” proclaman las virtudes, hasta entonces despreciadas e ignoradas, de ese pueblo miserable.

Señalaremos otros dos problemas específicos de las revoluciones nacionales.

El primero es el de las regiones fronterizas de población mixta, es decir, las áreas de contacto entre naciones que se encuentran en proceso de consolidación. La población de estos territorios suele ser bilingüe o políglota, y reemplaza su débil autoconciencia nacional con el sentimiento regionalista, la sensación de “ser de aquí”. Precisamente a estas regiones prestan especial atención los ideólogos y voceros del renacimiento nacional; aquí es donde desarrollan mayor actividad para movilizar a la población en pro de su causa; en todos los movimientos nacionales, una fracción desproporcionadamente grande de sus líderes proviene de estas regiones. Como ejemplo recordemos Alsacia, el Tirol, Ulster, Silesia Superior, Lituania Oriental, Macedonia. Será inevitable hacer frente a estos conflictos, pero sus desenlaces concretos son apenas probabilidades. Pueden trazarse arbitrariamente nuevas fronteras, puede haber migraciones masivas, forzadas. Es posible que aparezca una variante específica, la creación de una comunidad fronteriza nueva, a la manera de Suiza o de Bosnia...

El segundo problema es el de la reunificación, esto es, la reintegración de las partes de un mismo pueblo que se encontraban en diferentes territorios estatales. En este caso, el problema consiste en determinar la solidez de la unidad alcanzada y la fuerza con que se manifestarán las distintas tradiciones culturales, económicas y otras, adquiridas durante el período de separación. Así, por ejemplo, en los casos de Polonia, Rumania e Italia, las tradiciones seculares de separación no se desvanecieron, pero tampoco obstaculizaron la formación de un Estado nacional común. En los casos de Yugoslavia y de Checoslovaquia, en cambio, estas tradiciones serán sin duda cruciales. Por otra parte, el futuro de Ucrania es nebuloso:

apenas si se puede intentar adivinar qué tendencias prevalecerán en el desarrollo del pueblo ucraniano, las centrífugas o las centrípetas...

2. El caso de Rusia

Al comienzo afirmamos la inexistencia de Rusia como Estado nacional. Consideramos que el período de la historia rusa que presenta mayores dificultades para los investigadores, esto es, el del poder soviético, no es sino un período de revolución nacional, vale decir, de formación de ese Estado nacional.

No es necesario demostrar que en el imperio ruso había numerosas barreras nacionales y sociales. El imperio se caracterizó por un fuerte entrelazamiento de estas barreras y divisiones. Con frecuencia no había fronteras claras entre los grupos nacionales, y éstos eran extremadamente numerosos y heterogéneos. Aparte del hecho de que cada una de las proto-naciones del imperio ruso poseía su propia estructura social, diferente de las demás, esos mismos pueblos solían integrarse al mecanismo social del imperio en calidad de grupos sociales separados. Se produce, entonces, un proceso desigual de integración de los diversos grupos sociales de una serie de pueblos en corporaciones sociales separadas, propias de los rusos (así fueron complementándose paulatinamente los diversos grupos de la elite: los militares, la aristocracia, los funcionarios). Entre los propios rusos, la división social con frecuencia se trazaba por la línea de las relaciones con los pueblos no rusos y por el rol de cada grupo social en la solución de los problemas nacionales (ciertos grupos de cosacos, de funcionarios, de migrantes).

Este complejo entrelazamiento de pueblos y grupos sociales fue uno de los principales factores que cimentaron la unidad del Estado. Pero el Estado no pudo resistir el impetuoso crecimiento económico de fines del siglo XIX y comienzos del XX, que trajo consigo grandes cambios en la posición y en el rol de vastos sectores de la sociedad. La guerra mundial terminó por desestabilizarlo aún más. Es muy importante el hecho de que en el antiguo imperio no haya habido ninguna ideología universal transnacional desarrollada que legitimara el régimen. El dominio de Rusia en el ámbito nacional se justificaba esencialmente sólo desde el punto de vista geopolítico, esto es, sólo por los fines del dominio en sí. La ideología eslavófila tenía un carácter puramente instrumental, y se vio debilitada de antemano por el problema polaco y por el enfriamiento de las relaciones con Bulgaria.

La revolución y la guerra civil tuvieron como resultado, en primer lugar, que el problema nacional se mitigase al separarse los pueblos más desarrollados o consolidados: polacos, finlandeses, letones, estonianos, lituanos. Estos pueblos supieron rechazar los intentos de reconquista, y en el caso de los lituanos, incluso desapareció la frontera común.

En segundo lugar, se simplificó bruscamente la división social de la sociedad rusa propiamente tal: la aristocracia, la clase eclesiástica, el grupo cosaco, fueron en parte eliminados, y, por otra, expulsados y dispersados. Asimismo se dio comienzo a la gran eliminación de la clase campesina.

En tercer lugar se descubrió un instrumento, una ideología que permitía consolidar nuevamente, aunque en forma debilitada, el imperio. Esta ideología fue el socialismo, en su forma más resuelta: el bolchevismo.

Prestemos atención al hecho de que en el abigarrado mosaico de partidos e ideologías del año 1917, no hubo ninguno que apelara exclusivamente a Rusia como un país en sí: ninguno de ellos era nacional. En cuanto a la ideología bolchevique, ésta combinaba, con frecuencia en forma paradójica, una poderosa corriente igualitaria, contraria a la división en clases, y una corriente representativa del Estado plebeyo; proclamaba la autodeterminación de las naciones y luego, sin transición, exigía acciones globales mesiánicas.

Los acontecimientos de los años 1918 a 1922 demostraron que este contradictorio conglomerado ideológico había logrado aminorar la resistencia nacional en la periferia e insuflar nueva vida al imperio que se desintegraba. Ya en 1920, en la época de la campaña polaca, se observa una consolidación rusa nacional-imperial en torno a Moscú, y toda la historia de la creación del modelo organizacional de la URSS en los años 20 abunda en ejemplos de cómo la corriente imperial inconsciente vapulea al apenas sobreviviente dogmatismo internacionalista. En particular, puede considerarse como punto de quiebre el año 1923, el del derrumbe de la revolución mundial, el año en que la Internacional comunista se sometió a los intereses imperialistas de Rusia, el año de la consolidación de la URSS.

Por supuesto, se pueden distinguir otros elementos cruciales en el desarrollo del nuevo imperio. En particular, creemos que no se ha prestado suficiente atención a la influencia de los acontecimientos exteriores en la historia de un Estado que orientó básicamente todos sus esfuerzos a resolver problemas externos. Por ejemplo, la influencia de la derrota de la revolución china en 1927, del levantamiento de Berlín en 1953, del fracaso de la iniciativa de paz de Malenkov en 1954, obviamente se han subestimado.

Sin embargo, en su conjunto, los 70 años de poder soviético pueden considerarse como un período único, el de la caída definitiva del imperio

ruso. El derrumbe alcanzó no tanto a los experimentos socialistas (a nuestro modo de ver, éstos son secundarios, impuestos artificialmente e insustanciales), como a la centralización total, a la estatización de la economía para fines militares, a la movilización militar permanente.

Las barreras de clases se desvanecieron casi por completo. El campesinado se transformó, aunque ello fue un ejemplo de máxima barbarie. Los esfuerzos por crear una nueva clase “partidista” fracasaron al intentar asegurar que esa clase encontrara en sí misma herederos en la generación de los años 80 (un primer intento en este sentido, en la década de los 30, había fracasado, terminando en una carnicería, a la que siguió una nueva estructuración de esta cuasi clase), lo cual demuestra la básica homogeneidad social de Rusia.

Ahora bien: ¿hasta qué punto el problema nacional está cercano a resolverse, a aquietarse y a darse por terminado? ¿Hasta qué punto es un problema actual?

Para esto podemos servirnos del análisis del comportamiento político de la población en el curso de las numerosas campañas electorales, como también del análisis de la actividad de los propios representantes elegidos por el pueblo.

Las elecciones que tuvieron lugar en la URSS, y que consistieron en numerosas vueltas de votaciones en toda la Unión, en las repúblicas y en las regiones, pueden examinarse como en un tablero de ajedrez, por criterios entrecruzados. En la línea vertical estarían las elecciones oficiales típicas y las así llamadas elecciones democráticas. En la línea horizontal se distinguirían las elecciones rusas y las nacionales. En los cuatro cuadros resultantes se distribuirían las posibilidades de comportamiento del electorado.

La división entre elecciones oficiales y elecciones “democráticas” refleja el grado de despertar político de cada región. No es un despertador sincrónico, y su ritmo depende de las posibilidades locales de pluralismo en la expresión de las opiniones y en el comportamiento, dentro del marco del substrato cultural-intelectual; dicho ritmo depende también del nivel de desprestigio de las autoridades locales, con su pasado histórico y sus tradiciones. El aumento de la oposición a la representación habitual y rutinaria de los órganos y dirigentes oficiales se acelera paulatinamente y se expresa, por lo general en forma abrupta, a raíz de un conflicto particular. Por ejemplo, las elecciones en Georgia en la primavera de 1989 tuvieron un carácter totalmente burocrático, y sólo los acontecimientos de abril hicieron que se manifestase el descontento acumulado. En general, puede observarse lo siguiente: allí donde el sistema burocrático oficial de representación

se mantiene por más tiempo, el cambio hacia lo nuevo es más violento, más radical y más conflictivo.

Mucho más interesante es la comparación “horizontal”: las elecciones rusas y las nacionales.

En las repúblicas, puesto que éstas no son rusas, una campaña electoral democrática origina rápidamente un sistema de partidos o de cuasi partidos. Casi en todas partes, las elecciones (excepto los últimos comicios en Georgia) se realizaron por un sistema de mayoría de votos para elegir a una persona en un solo puesto. La única excepción fue Estonia, donde las elecciones republicanas por mayoría de votos se complicaron porque había que llenar varios puestos.

Sin embargo, los electores se orientaron claramente por la definición partidaria de los candidatos. Esta definición fue tomando forma en muchos casos en el curso mismo de la campaña electoral, a medida que iban formándose bloques. La competencia entre los candidatos que se hallaban en una misma plataforma nunca llegó hasta el momento mismo de la votación. El interés de los candidatos se centraba principalmente en una clara jerarquía de comunidades y regiones: se comprometían a defender y a representar a tales o cuales grupos o comunidades, e incluso a su nación específica, como la unidad mayor de sus objetivos y sus intereses. La URSS se percibía como algo ajeno, externo, aunque inevitable; algo con lo que era necesario tener relaciones de alguna manera, pero cuyo destino escapaba por completo a la responsabilidad del diputado.

Después de la elección, el soviét “democrático nacional” elegía de entre sus miembros, en el breve plazo de unos días, a los dirigentes y órganos de gobierno, organizaba comisiones y realmente tomaba en sus manos el poder en la medida en que lo permitiera la política imperial central.

Los “demócratas rusos” (no solamente en Moscú y Leningrado, por ejemplo, sino también en Kiev y otras ciudades) realizaron la campaña electoral en forma dispersa. A pesar de los innumerables intentos de formar algún movimiento que abarcara toda Rusia, ni siquiera hubo una organización política a nivel de ciudad que sostuviera alguna plataforma “democrática”. Allí donde aparecían y actuaban “frentes populares”, éstos apenas constituían una entre las muchas formaciones análogas de voluntarios incapaces de coordinar sus acciones, o bien eran apenas unos fantoches autodesignados o una unión momentánea de débiles fuerzas “democráticas” que apoyaban a los escasos candidatos independientes en el mar de candidatos oficiales.

La importancia de los intentos de coordinación quedó de manifiesto cuando los “demócratas” comenzaron a competir entre sí. El retiro volunta-

rio de candidaturas para favorecer a un correligionario no era la regla, sino la excepción. Y, la propaganda por cierto, o bien tenía un carácter negativo (nuestro candidato no es “de ellos”, no es un hombre del pasado), o bien se enmarcaba en lo que un politólogo lituano llamó “concurso de belleza”. En otras palabras, se subrayaban la cualidades morales del candidato, sus méritos en el arte, en la ciencia, en la medicina, en la defensa del orden y la legalidad, pero no en el ámbito de su actividad política específica. Naturalmente, esos méritos son individuales y no se prestan a comparaciones; y ante el elector aparecía un espectro completo de todos los candidatos que habían deseado y habían logrado hacerse notar.

Los soviets “democráticos” se distinguieron inmediatamente por sus peores características, enredándose durante largos meses en la lucha por los cargos. Comenzaron por dividirse en fracciones de gran movilidad, que sería más apropiado no llamar fracciones, sino pandillas, porque no se agrupaban en torno a una plataforma, sino en torno al líder local. Estos soviets eran absolutamente incapaces de dar sus miembros una función superior, eligiéndolos para los órganos directivos. El sentimiento más difundido entre los diputados era, al parecer, los celos. Finalmente, aceptaron confiar los puestos a personas que habían tenido anteriormente un *status* superior al de ese grupo y externo a él (como en el caso de Yeltsin, Popov, Stankiéovich y Sobchak), o bien elevaron a esos cargos a individuos hasta entonces desconocidos, sin ninguna notoriedad, es decir, personas cuyo avance en esta carrera no irritara a nadie.

Los soviets burocráticos rusos al parecer, deberían, asemejarse a los soviets burocráticos de las repúblicas. Pero eso es una ilusión. En las regiones nacionales, a medida que crece el movimiento, se va “nacionalizando” la propia burocracia reclutada en ese mismo medio nacional. Se descubre una relación invisible entre la conducta de los propios diputados “designados” y el estado de ánimo de la calle. La burocracia se parte en pedazos; la fracción minoritaria por lo general rechaza todo lo nacional y se transforma en agente político del imperio, en tanto que la mayoría se deja llevar, siempre un poco más atrás, por los movimientos de orientación nacional. Esto se observa claramente en el ejemplo del comportamiento de los anti-guos soviets supremos elegidos en 1985.

En Rusia, los diputados y las autoridades burocráticas no tienen intereses democráticos ni panrusos. Lo más que son capaces de hacer es defender intereses muy regionales, muy locales, creados artificialmente sobre la base de la mantención de tal o cual sistema de distribución subsidiada de bienes y de gestión administrativa.

Con esto se relaciona, además, otra importantísima especificidad rusa: el “desfile de soberanías”. Cuando comunidades nacionales verdade-

ras proclaman su soberanía, en ello no hay nada risible ni asombroso; es un fenómeno de la lucha política y sólo ella determinará el porvenir de la soberanía de los caucasiños, por ejemplo. Pero la situación es muy diferente cuando la discusión sobre las prerrogativas tiene lugar entre autoridades “estructuradas desde el interior”, elegidas por un mismo grupo de votantes, que muchas veces no ve ninguna diferencia entre la URSS y la RFSSR (República Socialista Federativa Soviética de Rusia), entre la RFSSR y las regiones, y así sucesivamente hasta llegar al barrio; cuando cada una de estas autoridades, que son como las innumerables muñecas que van saliendo del interior de una *matrioshka* (muñeca rusa), se declara superior y único dueño de todos los bienes estatales que se encuentran en el territorio bajo su jurisdicción y comienza a reclamar su “soberanía” frente a los soviets jerárquicamente superiores e inferiores. Podemos suponer que la idea leninista formal de “todo el poder a los soviets” es lo que provoca tal desfile de pretensiones, pero, de todos modos, el fenómeno se presenta solamente en Rusia, y es desconocido en las regiones de las demás nacionalidades y en Europa Oriental.

La inexistencia de Rusia (no como realidad geográfica, sino en el plano de la conciencia política) es la única razón de semejantes anomalías. La identificación con un grupo, sea con un grupo social o nacional, puede interpretarse como una autolimitación, como la disposición de moderar las pretensiones personales para favorecer los intereses expresados y reconocidos del grupo. El resultado de las revoluciones nacional y social es la convergencia de los márgenes de la autolimitación y las fronteras del Estado, que constituyen el marco de la unidad jurídica, económica y cultural. Todo lo que queda fuera de los límites del Estado nacional se percibe entonces como perteneciente a otro plano, como algo basado en convenciones y en el cálculo racional...

En Rusia, como lo hemos visto, están ausentes las autolimitaciones específicamente rusas, en tanto que las imperiales se disgregan y se desprestigian. Lo que hemos visto en el ejemplo de los soviets puede observarse también en el caso de las organizaciones, movimientos, grupos y estructuras sociales.

El hombre que antes no reflexionaba sobre estas cosas, se queda atónito al constatar la total y general ausencia de estructuras rusas, aparte de las subdivisiones auxiliares administrativas de las instituciones de la URSS. Tanto los “liberales” como los “conservadores” veían sus posibles organizaciones rusas (de todas maneras, ninguno de ellos logró crearlas) sólo como parte de las organizaciones soviéticas. Ya se sabe que ni siquiera se crearon realmente el Partido Comunista de la RFSSR ni los sindicatos

burocráticos oficiales rusos. Incluso la Unión de Escritores de la RFSSR, a pesar de sus pretensiones nacionales, apenas llegó a ser el paño de lágrimas y punto de reunión de los literatos residentes en la RFSSR que, por su magro talento, no se sentían a gusto en la Unión de Escritores de la URSS, organización de toda la Unión.

El hecho de que el problema ruso es de carácter nacional se confirma al observar que las corrientes “socialistas” e “imperial” coinciden plenamente en confinar la componente “socialista” a un papel secundario y auxiliar. El principal apoyo del “socialismo” provino de las estructuras que en principio y por definición correspondían a toda la URSS: la KGB de la URSS (no de las repúblicas), el Ministerio de Defensa de la URSS y la población de las regiones “cosacas nuevas”, es decir, de las colonias rusas en territorios de otra nacionalidad. Precisamente en estas colonias las divisiones nacionales coinciden exactamente con las sociales, de modo que allí las fronteras sociales se perciben como una realidad. En Rusia misma, hecho que merece especial atención, las elecciones y la actividad práctica de las organizaciones sociales demostraron una notable unidad social, por lo que las consignas sociales y clasistas fracasaron estruendosamente.

La posición de los liberales rusos —que hasta ahora habían creído que las consignas de autodefinición nacional eran secundarias respecto de las necesidades generales de democratización— adquiere tonalidades trágicas en estas circunstancias. Olvidan que la realización más consecuente de esa consigna fue obra de dictadores, incluido Hitler. Aun ahora siguen comportándose como si fueran responsables de “todo el imperio”, y ven en los dirigentes de los movimientos nacionales a una especie de asociados menores, a los que se puede juzgar, corregir, orientar...

El autor está consciente de que el verdadero caleidoscopio de la revolución nacional en la URSS es mucho más complejo de lo que puede mostrar un breve artículo. Así, por ejemplo, se excluyeron aquí los problemas de interpretación de las interrelaciones entre los diversos estereotipos básicos en los soviets de composición mixta (democrática y oficial); no se comentó un tema importante como el de la percepción de la autoridad en las diversas culturas nacionales y sociales o las interferencias entre estas percepciones; no se describió el problema de la jerarquía de las cuestiones nacionales de la URSS (repúblicas soviéticas, repúblicas autónomas, regiones nacionales, naciones no institucionalizadas y sus interacciones); no se describieron las fricciones concretas en las diferentes regiones con sus trasfondos históricos y sus posibles condiciones de desarrollo...

Acerca de esto no se escribe lo suficiente, pero se escribe. Lo importante es desde qué posición se lo hace. Si los conflictos y problemas nacio-

nales de la URSS se consideran molestos obstáculos en el camino de la democratización y la liberalización (posición bastante corriente, como lo señalamos al comienzo), su descripción y estudio, por muy detallados que sean, resultarán estériles. Hay innumerables ejemplos de tales fracasos. Precisamente esas posiciones son el punto de partida para casi todos los ideólogos de la *perestroika*, ya sean del gobierno o de la oposición. Con ello se explica el callejón sin salida en el que han desembocado no sólo los ideólogos y los políticos rusos, sino también todo el pueblo ruso.

La solución ideológica imposible, la frustración, la desilusión y la desconfianza en las recetas ideológicas y políticas, la ausencia de instituciones tradicionales prestigiosas, la búsqueda febril de nuevas y exóticas vías, todo esto es lo que hoy caracteriza a Rusia. Semejante situación no favorece, ciertamente, la ejecución de reformas consecuentes y eficaces. Para llevarlas a cabo no hay siquiera una base inicial: un sujeto político dotado de voluntad, poder y prestigio.

Pero no hay mal que por bien no venga. Si bien las condiciones no favorecen la creación, al menos son apropiadas para la destrucción. Las estructuras e instituciones imperiales, la conciencia imperial, el Estado imperial del pueblo ruso, están sufriendo una erosión cada vez más acelerada. Y muy pronto llegará el día en que su desmoronamiento definitivo marque el nacimiento de la nueva Rusia nacional, abierta a la libertad, a la igualdad y al progreso. □